

Comunicación y Derechos Humanos

Quando los marginales se roban el escenario

Gabriela Córdova*

En el escenario donde el orden prima y el dominio se acepta como condición natural, de cuando en cuando se producen conmociones que asustan a los comunicadores oficiales y desorientan temporalmente al propio establecimiento. A través de las grietas abiertas por el instinto y la resistencia han ingresado ocasionalmente representantes marginales a altas funciones del Estado como municipios, congresos y senados e, inclusive, a la cúspide de la representación política, a la Presidencia.

Contenido

En la escena del mismo
El mensaje por sí mismo o la diferencia funcional
Pateando el tablero
El caos fecunda

En la escena del mismo

Bienvenido señor presidente, adelante señor ministro, muy buenos días señor diputado... agradecemos su presencia, es un honor recibirlo en este medio, los micrófonos son suyos...

Las expresiones de condescendencia pueden llegar hasta el servilismo cuando un representante del poder constituido legitima con su presencia a un medio de comunicación, expresión mediática de ese mismo orden.

Es que la lógica imperante en los mass-media - sobre todo en las grandes cadenas multimedia - tiende a inscribirse en procesos idénticos a los que construyen la representación política de los sectores dominantes.

El poder es narcisista, gusta de mirarse a sí mismo en sus criaturas y prensa, radio y televisión le ofrecen un gigantesco cuarto de espejos donde la reproducción de la imagen legítimamente constituida puede abarcar un ilusorio infinito.

Entonces, el plató televisivo como el micrófono radial o la cámara fotográfica se sienten a gusto.

La naturalidad con la cual los comunicadores actúan es directamente proporcional a la disposición del protagonista a exhibirse como un cuerpo y un espíritu entrenados y disciplinados para representar al poder.

Tono de voz, gestos, maneras, vestuario y un discurso configurado por la agenda oficial hacen las veces de un empaque que viabiliza la adecuada transmisión de una palabra destinada a reproducir aquello que la continuidad del establecimiento demanda, aquello que debe aceptarse como dado, aquello que jamás ingresará en el campo de lo problemático.

La identidad de campo entre políticos y medios permite que actor, palabra y escenario configuren un todo armónico, donde la espontaneidad libera de toda sospecha al periodista y concentra la responsabilidad de la comprensión de lo dicho en el receptor, ciudadano igualmente entrenado para interpretar "correctamente" lo que el medio le transmite.

En estas condiciones, se puede informar que la "comunicación" fluye fácilmente. Preguntas y respuestas originadas en una forma de mirar al

mundo -común al entrevistador y al entrevistado- gestan la apariencia de un diálogo donde el intercambio entre distintas lógicas -que debería presuponer la existencia de intereses sociales diversos dispuestos a relacionarse entre sí- termina siendo suplantado por el sacralizado objetivo de llegar a acuerdos, de promover consensos, de ceder posiciones en busca del bien para todos.

En este proceso se encuentran, legitiman y reproducen mutuamente los actores reconocidos de la información: protagonistas, periodistas y receptores. La pregunta de agenda, la respuesta obligada y la comprensión previsible hacen del campo periodístico un mundo donde la vocación de una mediación informativa imparcial, objetiva y profesional parecería haberse logrado.

No hay nada nuevo bajo el sol. Todo se sabe, todo se informa, todo se conoce. La libertad de expresión y su hermana siamesa, la libertad de prensa, así lo garantizan.

El mensaje por sí mismo o la diferencia funcional

Pero este escenario de andariveles claramente demarcados también presume de democrático. La credibilidad de un noticiero televisivo, de la sección política de un diario o de un programa de entrevistas radiales exige una presencia dosificada de "los de abajo". Es la columna asignada a los sonidos de la pobreza, del sufrimiento y la conmiseración, aunque también a los de la esperanza, el sacrificio y la resignación. Desde los desastres naturales hasta la crónica roja, pasando por el desempleo, el analfabetismo y la desnutrición, los afluentes de la miseria de la condición humana abonan al caudal de lo inevitable.

En estas condiciones y carentes de horizonte propio, las informaciones que se retoman de los bordes también devienen elementos funcionales a la reproducción del discurso del orden.(1) Admitir la diferencia asimilable desactiva confrontaciones entre intereses reales y consolida la noción de que el orden, por sí mismo, es el *leiv motiv* social, objeto de incuestionada e incuestionable defensa, ya que solo él garantizaría la reproducción de una sociedad y sus miembros.

Gracias a este imperceptible requiebre conceptual, el interés del sector dominante se convierte subrepticamente en interés de todos, al tiempo que ofrece a los mass-media una

herramienta para ocultar su adscripción al poder bajo el manto del profesionalismo, antes imparcial y objetivo, hoy globalizador.

Pero todo tiene un costo y esta mistificación del discurso mediático se paga finalmente con la renuncia voluntaria al soporte denotativo de la noticia. El principio de la información se despoja de su naturaleza de mediador entre la realidad y el receptor y se redefine como un proceso auto-referencial, donde la creciente valorización de sus productos solo depende de la velocidad de circulación. Así asistimos al nacimiento de informaciones cuyo trascendencia no está determinada por su nexo con los hechos, sino por su capacidad de transmisión de una a otra pantalla televisiva, de impresión y reimpresión en todo diario escrito, de lectura y relectura en cada noticiero radial.

Finalmente, la imagen cobra vida por sí misma, se ha independizado de la materialidad a la que la noticia le mantuvo atada, y entra de lleno en la vivencia mediática. La realidad virtual es la nueva categoría a la que la tecnología nos va acostumbrando.

Solo existe aquello que el ojo de los mass-media enfoca. Pero, este Panoptes mediático ya no se limita a vigilar a toda criatura viviente sino que su mirada, por sí misma, se ha convertido en matriz de toda realidad. Hoy, lo que no existe para los medios ya no existe para el mundo y, próximamente, ni siquiera existirá para sí mismo. Cada quien solo reconocerá de sí aquello que es aceptado y puede ser visibilizado por el creciente poder virtual; la complejidad humana se va aligerando gracias a la desmaterialización que la tecnología permite.

Es el reino de la transmisión en vivo y en directo, carente de vínculos con el pasado y sin ambición de futuro. Se han suprimido los antecedentes y las consecuencias, con la oferta tecnológica del tiempo real se inicia la muerte del tiempo histórico, de sus escenarios, actores y pasiones. Ha llegado el tiempo en que el medio ya no sólo es el mensaje, sino que es capaz de devorar el mensaje(2) y garantizar su reproducción autárquica.

Sin embargo, de manera inevitable, esta inédita realidad llega al mundo marcada por el mismo pecado original que aquella realidad a la que niega. Es creada a "imagen y semejanza" de la materialidad de la que pretende deslindarse y, por tanto, nuevamente los parámetros conocidos de asimetría y dominación se hacen presentes y organizan el escenario virtual desde los mismos

criterios con que antes organizaron el escenario mediático.

Por ello, de este nuevo mundo también es excluida toda diferencia capaz de impugnar el orden. Las zonas de resistencia siguen relegándose a los bordes y el apoliticismo que la moda impulsa se convierte en la coartada perfecta para dejar las decisiones fundamentales en las manos de los mismos que siempre han resuelto.

Pateando el tablero

No obstante, en este mismo escenario donde el orden prima y el dominio se acepta como condición natural, de cuando en cuando se producen conmociones, truenos en cielos despejados que asustan a los comunicadores oficiales y desorientan temporalmente al propio establecimiento.

Estas cuasi catástrofes sociales suelen producirse cuando “el pueblo se equivoca”, cuando el instrumento democrático que cada cuatro, cinco o seis años se confía a la masa para elegir nuevos mandatarios es usado “sin reflexión ni razón”, guiándose más por “la emoción que por la inteligencia”.

A través de las grietas abiertas por el instinto y la resistencia han podido ingresar –aunque sólo ocasional y circunstancialmente– representantes marginales a altas funciones del Estado como municipios, congresos y senados o –todavía con menos frecuencia– a la cúspide de la representación política, a la Presidencia.

Esta intromisión no solo sugiere una modificación de los jugadores que acceden al campo privilegiado de la política, sino que también involucra un cuestionamiento a las reglas del juego y, en casos radicales, el desconocimiento del propio sentido del juego. Esta es la prerrogativa del marginal que, desde el borde puede llegar a subvertir elementos centrales del orden.

Y ello se da porque ningún escenario es simplemente un lugar, es siempre un espacio significado, construido históricamente para soportar y auspiciar la reproducción de determinados intereses. Por ello, cuando un marginal patea el tablero de las leyes de construcción de representación política, todo el establecimiento reacciona, se alinea y pone en guardia para restablecer el orden fisurado.

Estos son momentos de excepcional importancia para transparentar la naturaleza de medios del

poder que caracteriza a los grandes medios de comunicación colectiva. Ante la fragilidad evidenciada por el sistema de partidos –primer responsable de evitar que un intruso invada los escenarios consagrados– se asumen como actores de peso completo en la lucha por la recuperación de la representación y organización sociales.

El guión mediático indica que, en esas condiciones, la primera obligación de un medio de comunicación es deslegitimar al invasor, demostrar que no tiene la preparación académica, el conocimiento elemental, las maneras, el discurso, ni “la clase” necesarios para cumplir el rol político en que una circunstancia lo ha ubicado.

Entonces vemos a periodistas, entrevistadores y articulistas denostando contra quienes han osado irrumpir en estos recintos legítimos y legitimadores, clamando por la recuperación de la “majestad” y la “dignidad” de la Presidencia, exigiendo a los políticos del sistema que vuelvan por sus fueros y defiendan el espacio que han usufructuado en exclusividad; presionando ante los cuarteles por el respaldo de los fusiles a una institucionalidad que con cierta frecuencia tiende a refirse con la constitucionalidad; implorando por la bendición eclesiástica que santifique cualquier intentona golpista. En fin, convirtiendo los sets de televisión y los consejos editoriales de los periódicos en sedes de campaña donde se reagrupa a la oposición, se escriben libretos para movilizaciones de masas –materiales o virtuales– y se legitima a los sucesores allí mismo designados.

Estos procesos, tanto por la irrupción inicial de los actores marginales como por la reacción del establecimiento que se siente agredido, dan cuenta de un fenómeno de desplazamiento de los escenarios tradicionales de la resolución política de una sociedad.

La acción política, supuestamente esterilizada por el desdibujamiento de sus instancias y el desprestigio de las cúpulas dirigentes ha huido de los recintos preestablecidos, se escapó del palacio de gobierno, del parlamento, de las sedes partidarias, sindicales o gremiales y estalla en nuevos y múltiples lugares. Experimentamos un fenómeno de repolitización de la calle, del suburbio, de la comunidad, de los espacios privados, de los cuarteles, de las empresas y, de manera especial, de los espacios de comunicación de masas.(3)

Las instancias de mediación que el Estado liberal construyera, destinadas a establecer andariveles autónomos para la sociedad civil, la economía, la administración de justicia o la información, se vienen abajo y su politización invade como una epidemia todo proceso social. Aunque, paradójicamente, lo haga bajo la apariencia del apoliticismo, razón por la cual la política oficial en cambio tiende a buscar espacios de resolución en las instancias judiciales.

En la última década, varios países latinoamericanos han vivido o viven este tipo de irrupciones marginales. Hugo Chávez en la presidencia de Venezuela es el ejemplo de los últimos años. Pero una experiencia de similar cualidad vivió Ecuador durante el gobierno de Abdalá Bucaram (1996) y aún es posible que Ignacio Lula da Silva nos ofrezca otra experiencia de similar naturaleza desde Brasil.

En esas ocasiones, cuando el poder se ve privado –en diferentes grados y temporalidad– de un representante directo en el escenario más visible del Estado, cuando se han resquebrajado sus condiciones para configurar su propia representación, podemos presenciar la ferocidad de una acción mediática que pugna por imponer a estos intrusos marginales símbolos de “blanqueamiento”, por la morigeración de sus formas, por la adaptación de su discurso, por que reconozcan la necesidad del consenso, por el renunciamiento a sus posiciones iniciales en nombre de la gobernabilidad. Es decir, los guardianes del orden exigen a sujetos del borde regresar, aceptar y reproducir el sentido único que el dominio admite.

También entonces se manifiesta una tendencia al resurgimiento de viejos fantasmas que se suponía barridos por la propia globalización. La impugnación al oligarca, al autoritario o al comunista resulta incomprensible fuera de la visión de que éstas son apenas formas conocidas –aunque caducas– que visten a procesos inéditos, aún carentes de nombres propios, de formas específicas y de posibilidades de reconocimiento, en algunos casos, incluso para sus propios actores.

Así, una vez más, el anciano régimen intenta recuperar el terreno perdido, obligando al marginal a resignificar –vaciándola de contenido– su propia presencia política para, sólo entonces, aceptarlo como un legítimo aspirante a la representación del poder en su máxima instancia.(4) Finalmente, el terreno de lucha vuelve a caracterizarse por el intento de

desposeer a la sociedad, múltiple y diversa, del Otro y volverla una y otra vez a sí misma, gracias al potenciamiento mediático de la imagen del mismo.

El caos fecunda

No obstante, la marginalidad no se agota ni muere en estas arremetidas del poder y sus comunicadores, ni siquiera llega a diluirse, se reproduce bajo ropajes híbridos y recurre a la clandestinidad para proteger su existencia. Apenas se evidencia en presiones deconstructivas que, machaconamente, resurgen desde los bordes develando el límite histórico del establecimiento en su esfuerzo por homogenizar la comprensión del mundo según su propio y cada vez más estrecho interés.

Vivimos una época marcada por la emergencia de nuevos actores, con capacidad para apropiarse de palabras y símbolos tradicionalmente administrados por las élites e interiorizarlos dotándolos de otros significados, en los cuales puede intuirse también la gestación de inéditos intereses sociales y su ambición de realización como interés general.

La irrupción de las nacionalidades y pueblos indígenas, junto al movimiento de mujeres, minorías sexuales y culturales han repolitizado las formas de construcción de identidad, el mundo de la lengua, la relación con el cuerpo, los senderos de reelaboración de la memoria colectiva, los procesos de información y comunicación.

Sin embargo, indígenas, mujeres, homosexuales o migrantes no son actores nuevos en los escenarios del subdesarrollo. Lo novedoso radica en las maneras como hoy asumen su visibilización, en su voluntad de protagonismo y en su insurgencia como elementos modificadores de las relaciones sociales y el orden establecido. Es en su alteridad radical donde puede renacer la posibilidad de convertirse en portadores de otras comprensiones mundo, irreductibles a las de la modernidad occidental dominante.

Concientemente o no, esta emergencia ya ha producido una ruptura en el espacio mediático, ha fisurado el monopolio de la palabra legítima del que venían disfrutando los mass-media y ha estimulado el desarrollo de redes y formas alternativas de comunicación. Se rasga el velo de la omnipotencia y omnipresencia que hasta hace poco se atribuyera a las grandes cadenas mass-media y éstas ya no pueden ocultar sus pies de

barro; se muestran como dioses en decadencia, a quienes no solo es necesario enfrentar sino que, además, es posible vencer.

Cómo sino comprender que sujetos – protagonistas marginales– impugnados y deslegitimados por el conjunto de empresas informativas puedan llegar, hacerse escuchar y expresar a grandes sectores poblacionales. Que la arremetida mediática se haya demostrado insuficiente para vetar triunfos electorales o posesiones presidenciales. Que el uso y abuso de la noticia haya hecho de los informadores oficiales reos sospechosos de manipular el hecho y su imagen, de producir un mundo destinado a la pantalla, donde la ausencia de significantes vacía de sentido a la catarata de imágenes en la que cotidianamente somos obligados a sumergirnos.

Por ello, la presencia del Otro marginal en los espacios privilegiados de la política también supone una resignificación del proceso informativo, de los escenarios mediáticos y de las técnicas periodísticas. Pero, además, incorpora a la reflexión colectiva el planteamiento del derecho a la comunicación, como un factor de superación de los derechos a la libertad de expresión, información y prensa.

Tanto la enunciación como la recepción son momentos de disputa por la realización de los significados potenciales que todo enunciado encierra y lo son a partir de una relación asimétrica. No porque exista necesariamente un dominio de la emisión sobre la recepción, sino

porque cada uno de estos procesos constituyen campos heterogéneos. Así como el emisor poderoso domina el campo de la producción, también el receptor poderoso legitima el sentido privilegiado de esa enunciación.

Por ello, asumir la condición simultánea de emisores y receptores de mensajes con un interés social que proviene de los márgenes, exige repensar al sujeto de la comunicación. Impone una remirada de la relación entre enunciación y recepción como un espacio de lucha por la construcción de sentidos, donde toda lectura es un acto de producción de un otro-nuevo sentido y lo es desde un sujeto histórico en construcción.

Esta irrupción del otro marginal, recrea la asimetría, pero lo hace desde un interés que, si llegara a convertirse en hegemónico, podría presagiar la gestación de un poder alternativo. Touraine recuerda que para poder cambiar el mundo es necesario estar, simultáneamente, en el centro y en el borde.(5) Allí se gestan los horizontes que expectan las generaciones contemporáneas de excluidos del desarrollo. En estos actores y sus mensajes, nacidos del violento torrente de la negación, se incuba el temido potencial de otro mundo gestado a partir del caos fecundo.

Quito, octubre 2002

NOTAS

1. Foucault nos recuerda que es imprescindible diferenciar las movilizaciones populares que, al menos en su forma discursiva, se limitan a la reivindicación por mejores condiciones de vida de aquellas en las cuales se expresa de la posibilidad de construir un orden distinto. Mientras las primeras terminan siendo funcionales a la reproducción del establecimiento y llegan incluso a ser estimuladas por los mass-media, las segundas lo cuestionan y, por ello, suelen ser objeto de deslegitimación "como si las masas pudiesen soñar con comer bien pero no con ejercer el poder".
Ver: Foucault Michel, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1979, p. 32
2. Una vez más, las vertiginosas hipótesis de Baudrillard nos enfrenta a la posibilidad extrema de que la realidad pueda ser despojada de sentido. "Tal es nuestro dilema, surgido de fondo de la simulación: ¿y si el signo no remitiera ni al objeto ni al sentido, sino a la promoción del signo como signo? (...) Es entonces cuando la fórmula de McLuhan se vuelve absolutamente luminosa: el medio ha devorado el mensaje y es él, el multimédium, el que prolifera en todos los sentidos."
Baudrillard Jean, *Pantalla Total*, Anagrama, Barcelona, 2000, p. 216-217
3. Tesis desarrollada por: Reguillo Cruz Rossana, *Globalización y comunicación, una relación fuera de lugar*. En: Torrico Villanueva, Erick R., coord.. I Encuentro Nacional Seminario Latinoamericano. Investigación de la Comunicación. Memoria Académica. Es. UPS Editorial, p. 305
4. Para esta fecha, la disputa entre los finalistas en la elección presidencial ecuatoriana es un inapreciable ejemplo de este problema. Por su oposición frente al anciano régimen, Alvaro Noboa y Lucio Gutiérrez son idénticos, ambos

son refugio de un electorado marginal. Sin embargo, en sus impugnaciones mutuas se omite esa identidad y con ello se quebranta la posibilidad de una reflexión que apunte a un orden alternativo.

5. Ver: Touraine Alain, Actores sociales y sistemas políticos en América Latina. Es. Organización Internacional del Trabajo

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

- Alsina, Miguel Rodrigo. *La construcción de la noticia*. Ediciones Paidós. Barcelona. 1989
- Baudrillard, Jean. *El crimen perfecto*. Editorial Anagrama. Barcelona. 1996
- Baudrillard, Jean. *Pantalla Total*. Editorial Anagrama. Barcelona. 2000
- Briguet, Daniel. "El poder de los medios: Los medios del poder". *Anuario*. Dpto. de Ciencias de la Comunicación Social. UNR. Rosario. 1998
- Fabbri, Paolo. *Tácticas de los signos*. Gedisa. Barcelona. 1995
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Madrid. Siglo XXI. 1994
- Foucault, Michel. *Microfísica del poder*. La Piqueta. Madrid. 1979
- Gubern, Román. *La mirada opulenta*. GG MassMedia. Barcelona. 1987
- Habermas, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública*. REI. México. 1989
- Martín-Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones*. GG Mass Media. México. 1991
- Martín-Barbero, Jesús. *Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación*. En: López de la Roche, Fabio, ed.. *Globalización incertidumbres y posibilidades: política, comunicación, cultura*. Tercer Mundo Editores-IEPRI, Bogotá, 1999
- Noëlle-Neumann, Elisabeth. *La espiral del silencio: opinión pública nuestra piel social*. Ediciones Paidós. Buenos Aires. 1995
- Ramonet, Ignacio. *La tiranía de la comunicación*. Edición Debate. Madrid. 1998
- Torrico Villanueva, Erick R., coord.. *I Encuentro Nacional Seminario Latinoamericano. Investigación de la Comunicación. Memoria Académica*. Es., UPS Editorial.
- Van Dijk, Teun A.. *La noticia como discurso: comprensión, estructura y producción de la información*. Ediciones Paidós. Barcelona. 1990
- Verón, Eliseo. *Construir el acontecimiento*. Gedisa. Barcelona. 1995
- Verón, Eliseo. *Efectos de agenda*. Gedisa. Barcelona. 1999
- Wolf, Mauro. *Los efectos sociales de los media*. Ediciones Paidós. Barcelona. 1994
- Wolton, Dominique y otros. *El nuevo espacio público*. Gedisa. Barcelona. 1995

***Gabriela Córdova.** Responsable de comunicación del Programa Andino de Derechos Humanos, PADH-UASB. Licenciada en Sociología, postgrado en Diseño de investigación sobre redes de información, magíster en Estudios Latinoamericanos, mención comunicación, de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador.